



— J. F. J O Y A —

RECTOR DEL TIEMPO

JOYA

Rector del tiempo

J. F. JOYA

Rector del tiempo

Primera edición: febrero de 2021

Segunda edición: febrero de 2022

Copyright © 2021 J. F. Joya

ISNI: 0000 0004 9335 3445

www.jfjoya.com

Autor y edición: Juan Francisco Joya Guirado
Corrección de estilo: Juan José del Castillo Abad
Ilustraciones de portada de banco de imágenes

Referencia: 02270221PDF

Edición digital sin ISBN

Editado en España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo público.

A todos los *ministéricos* de la fantástica serie
El Ministerio del Tiempo.

EN ALGÚN MOMENTO de la vida uno experimenta que el pasado se ha convertido en un país extranjero. Esa extraña sensación sobreviene, como un día esclarecedor, cuando uno se da cuenta de que las arrugas han usurpado el lugar que ocupaba el rostro de otra persona, y que lo que hay frente al espejo es carne envejecida y recuerdos distorsionados de otro individuo. En muchas ocasiones, lo desconocido se presenta como una continuidad imperceptible de ínfimos cambios que se suceden uno tras otro, sumándose ininterrumpidamente, en silencio. Tras un largo periodo de «engaño» se manifiesta la realidad, completamente distinta y real; y esto, para un viejo gerente de un viejo hotel londinense, representa un nudo en el estómago que no termina de digerirse. Era Gateon House, el lugar en el que había trabajado los últimos cincuenta y nueve años de mi vida, el principal actor en esta historia de minúsculos cambios que tanto reseca mi paladar. Probablemente me hacía consciente de los desvaríos de un anciano, demasiado ocupado en décadas pasadas como para percibir que el declive a todos termina por llegar. El tiempo escapándose entre los dedos mientras éstos agarraban con fuerza asideros de maletas, movían llaves, giraban cerraduras, apuntaban registros o despachaban a huéspedes.

Mi nombre es Gregory Pool y mi vida se puede contar en menos capítulos de los que dura un folletín de poco éxito. Nací en el seno

de una familia *cockney* mucho más allá del Blackwall, en el barrio humilde —por no decir pobre con crudeza— de Pola, en algún momento de mediados del siglo XIX. Fui el último de seis hermanos. Hijo de una ama de casa agotada y de un alcantarillero de Londres que falleció demasiado joven debido a las emanaciones tóxicas del subsuelo de la ciudad. Las ratas hacían verdaderos ejercicios mentales para no frecuentarlo mientras, a diario y con la mayor indiferencia, cientos de miles de desconocidos abastecían de más desechos este enclave subterráneo. Ante este panorama, me explicaron la necesidad acuciante de encontrar sustento cuando todavía me movía entre juegos de chiquillos. Al poco tiempo ingresé como lacayo en Gateon House, muy cerca de Greenwich Park, por aquel entonces una de las residencias de la familia Mightwesser. Tras esto, mi vida transcurrió sin sobresaltos próxima a las orillas del Támesis. Durante años serví a la familia, llegando incluso a alcanzar el cargo de Mayordomo, una vez retirado el anciano William. Pero la familia, dedicada a la importación de mercancías desde ultramar, vio su negocio hundirse con la llegada de la Gran Guerra y, por ello, no quedó más remedio que transformar la residencia en un hotel. Desde entonces y hasta el momento que nos atañe —el año 1939, en los albores de la siguiente gran guerra— la señora Stanford y yo nos ocupamos de prestar nuestros servicios a los huéspedes del hotel, poco concurrido aunque frecuentado por personajes siempre interesantes.

Tan interesantes como los que se encontraban disfrutando de un distendido té en el salón del hotel. El reloj de pie situado al fondo, muy cerca de la chimenea, indicaba las cuatro horas y treinta y nueve minutos de la tarde. La señora Moeh sostenía con elegancia la taza mientras charlaba complacida con sus dos nietos: Ana y Joseph, dos hermanos ambos de menos de diez años. Habían aprendido muy bien las lecciones de comportamiento social de su abuela, y también las lecciones que la vida les había dado a su temprana edad. Cuando aún no habían nacido, sus padres marcharon a América, al sur del Colorado, a buscar fortuna con la ganadería y las granjas. Sin embargo, a los pocos años la fatalidad se materializó en un trágico accidente mortal durante el fenómeno conocido como «Dust Bowl»: grandes tormentas de arena que se sucedieron durante años. Su

vehículo se precipitó hacia un barranco que no pudieron eludir debido a la poca visibilidad derivada de una de estas ventiscas negras. Una verdadera lástima para los pequeños, que fueron embarcados en el RMS Mauretania y acogidos por ella, su abuela paterna. De niña, esta correcta señora había sido muy amiga de la familia Mightwesser y, debido a su añoranza, pasaba largas temporadas hospedada en el hotel, lógicamente a un precio convenido, pues se trataba de una clienta muy especial.

La señora Moeh me miró con agrado, y al pasar cerca hizo un ademán de aprobación. Muy próximo a ellos estaba cómodamente sentado en un sofá el señor Brandson, hojeando un periódico de corte berlinés sin prestar mayor atención al resto. Nunca se quitaba el sombrero y siempre gustaba de vestir trajeado. Había elegido el hotel por los pocos huéspedes que albergaba y lo tranquilo que resultaba. Se alojaba desde hacía varios meses. Era un apuesto periodista inglés de ascendencia canadiense que había pasado toda su vida profesional como corresponsal de guerra en África y Oriente Próximo para Reuter Telegram Company. Había visto de cerca las campañas de la Corona en los países africanos y la conquista de Palestina y Mesopotamia durante la Gran Guerra. La última década había vivido en España, en un pueblo llamado Ronda, donde había conocido a un tal Hemingway, a quien tenía siempre en boca cuando hablábamos de la península y sus tradiciones. Habían tenido charlas acaloradas sobre la tauromaquia, un arte que el escritor defendía como a la vida misma. También allí conoció a un cineasta estadounidense, ese excéntrico joven que relató la invasión de los marcianos no hará más de un año. Todo un país como Estados Unidos quedó agitado y conmocionado por una broma —de muy mal gusto, todo sea dicho—. Pero el señor Brandson siempre hablaba con cariño de ambos personajes, casi justificando su ingenio. No le quedó más remedio que abandonar España hastiado por una nueva guerra atroz de la que no deseaba dar testimonio. Hoy se encarga de la sección de gastronomía de un periódico de tendencia laborista.

No era de extrañar que muchos de los huéspedes frecuentaran el hotel debido a la extraordinaria cocina de la señora Stanford. Éste era el caso del señor Leibom, que fumaba en pipa junto a la ventana,

apoyando el codo en la pared mientras agitaba una copa de brandy. Miraba absorto hacia el exterior. Supuse que se encontraba satisfecho por el faisán y la guarnición de patatas y pimientos que con tan buena mano prepara la cocinera. El magnetismo de la señora Stanford para este tipo de clientes era singular. El señor Leibom no se hospedaba en Gaeton House. Con rigurosa puntualidad, atravesaba media ciudad para disfrutar de las comidas que aquí se elaboraban. Era un caballero acomodado y reservado, ostentaba vínculos con la aristocracia, y residía en el bohemio vecindario de Bloomsbury. No había domingo que faltase a su cita con el almuerzo en el hotel, y la cocinera siempre cumplía expectativas. Nunca se saltaba su tranquilo paseo matutino por la orilla del Támesis. Como buen maniático y apasionado del vino, siempre traía consigo una botella de casa. La portaba con sumo cuidado para evitar que el líquido quedara removido antes de abrirlo, tarea de la que yo me encargaba escrupulosamente para que se oxigenara como es debido.

El siguiente personaje de interés esperaba paciente el té que me disponía a servirle. Sentado junto a la mesa del salón, contemplaba cómo me acercaba, con una bandeja entre las manos en perfecto equilibrio. Era un joven extranjero muy bien aseado, que hablaba un inglés bastante aceptable, con un maletín que llevaba siempre consigo. Natural de un país del sur de América, se dedicaba al comercio y traslado de antigüedades. De hecho, había llegado a Londres hacía pocos días para cerrar una subasta de libros, comprar más objetos de valor y estudiar con detenimiento la arquitectura de la ciudad, de la que era un enamorado. Admiraba con especial interés el estilo neogótico de principios y mediados del siglo XIX. No por casualidad se hospedaba en Gaeton House. Había sabido del hotel durante una conversación con un profesor de historia en el Burglington Fine Arts Club. En nuestra última charla durante el almuerzo departimos sobre las peculiares costumbres inglesas y sobre detalles arquitectónicos del hotel. Intuí con claridad que la primera parte de la charla había sido el preámbulo de lo que realmente le interesaba.

Hablamos de las tonalidades de la claraboya de la entrada; de los paños de ventanas de arco apuntado de las amplias estancias inferiores; de las vidrieras abuhardilladas superiores y de la inclusión

moderna de las ventanas de guillotina; lo oportuno de las puertas paneladas para el estilo; de la elegancia de la escalera de madera de tramo recto y la espectacular terminación del bolo; de la chimenea estilo Tudor con albanegas decoradas con figuras geométricas. Era un verdadero apasionado del estilo. En el pasado, gracias a las explicaciones del señor Mightwesser aprendí mucho sobre los detalles de la arquitectura del edificio.

—Esa es la puerta de la que me habló, ¿no es así, señor Pool? — me comentó directamente sin dejar de contemplar la puerta que estaba junto a unas librerías del salón, una zona reservada para la lectura.

—Así es señor, quizá sea una de las puertas más escondida y por lo tanto menos agraciada de la casa. Al señor Mightwesser siempre le gustaba tenerla cerrada. Durante los últimos años utilizaron el sótano como trastero de la familia y, debido a que descender por la escalera de bajada entraña gran dificultad, no tiene un uso de servicio para Gaeton House. Lleva cerrada décadas.

—Me encantaría estudiar la cimentación de la vivienda y ver la disposición de los muros de carga y la mampostería de las paredes. A veces se sabe más de la historia de un lugar si se examina desde sus cimientos.

Vertí el aromático líquido dentro de la taza, evaluando la petición. Por un momento no supe qué contestarle. No era del todo apropiado lo que me pedía, pero la etiqueta no me permitía una respuesta descortés.

—Espero no estar excediendo la confianza que me ha depositado, pero satisfaría plenamente las expectativas de esta visita —solicitó con insistencia mientras me agarraba el brazo con decisión.

—No puedo negarle tal solicitud, señor Acosta. En cuanto finalice el servicio del té, a las cinco y cinco minutos de la tarde, podremos hacer una visita al antiguo sótano. Pero antes debo buscar la llave pues, por falta de uso, estará en el fondo de algún cajón de la recepción.

—No sabe cuánto me congratulan sus palabras. Le estaré eternamente agradecido.

—El placer es mío, señor. —Y continué con mi servicio.

El último de los presentes en el salón era el reservado señor Luther. Se trataba de la primera vez que solicitaba mesa para comer en Gaeton House. De tez enjuta, parecía más preocupado de la conversación que mantenía con el señor Acosta que del libro que tenía entre las manos. Estaba sentado en un sillón en la zona de las librerías, al otro lado de la estancia, y la luz de la lámpara de mesa disimulaba el tono pajizo de su piel. Daba la impresión de que el resto del salón no le despertaba interés alguno. A pesar de sus intentos por disimular su acento durante el almuerzo, noté cierta sonoridad propia de los residentes de la zona de Clerkenwell, al norte de Londres, lugar de comunistas e inmigrantes italianos.

El señor Acosta me indicó que se retiraba a su habitación y que a la hora fijada bajaría para la exploración del sótano. Tras concluir el servicio me retiré a la cocina para ayudar a la señora Stanford. Una vez quedó la cocina dispuesta para los quehaceres de la cena, la cocinera se retiró a sus aposentos y yo emprendí la búsqueda de la llave en la recepción. El reloj sonó con rigurosa exactitud —lo esperado en una máquina de tal precisión— a las cinco en punto. El tañido que salió del cuerpo del reloj recorrió con gravedad cada rincón del salón; retumbaba pesado ahora que ya no quedaba ningún cliente. Me afané en rebuscar entre los cajones del mueble pero no encontré nada. Debería de estar en el penúltimo cajón... pensé. Miré en los armarios que tenía a mi espalda, en los casilleros, y finalmente volví a rebuscar en los cajones. Nada. La búsqueda exhaustiva hizo que corriera el tiempo hasta casi las seis y el señor Acosta no había hecho el intento de bajar. Era extraño no tenerlo ya plantado en recepción, parecía un señor bastante puntual y su abrumador interés por la arquitectura del edificio hacía poco plausible incluso el más mínimo retraso. Abandoné la frustrante e infructuosa búsqueda de la llave y me dispuse a subir hasta su habitación. Habría de decepcionar al huésped con la imposibilidad de examinar el sótano.

El hotel estaba totalmente en calma, quizá más de lo habitual para la hora de la tarde en que nos encontrábamos. Ascendí por las escaleras de madera mientras cada escalón crujía a mi paso. No se escuchaba jugar a los nietos de la señora Moeh, ni el ágil tecleo de la máquina de escribir del señor Brandson. La habitación del anticuario era la número siete, la penúltima del pasillo de la primera planta. Me

dispuse a tocar, pero no hizo falta, el pasador no estaba echado y la puerta permanecía abierta, apenas unos milímetros. Al empujarla pude ver un bulto inerte en el suelo. Esa misma sensación la viví años atrás cuando encontré el cuerpo de una sirvienta de la casa, que había fenecido a causa de una dolencia cardíaca. Pero esta escena era claramente distinta. Sentí el sabor a óxido en el ambiente. Tirado en el suelo, boca abajo, el rostro descansaba hacia un lado, sobre un gran charco de sangre proveniente del pecho. No hacía falta comprobar las constantes vitales, nadie podría prescindir de tanta sangre y seguir con vida. Junto al cadáver, la maleta estaba abierta y sus documentos esparcidos por el suelo. Cerca de la mano había un extraño cristal oscuro, machacado, como si hubiese sido pisoteado a conciencia. Una vez cerca, percibí el olor a pólvora.

Abandoné la habitación pálido como el papel y bajé las escaleras prácticamente fuera de mí. Mi idea era llamar con premura a las autoridades, pero una extraña corazonada me llevó hasta el salón y me plantó justo enfrente de la puerta que daba al sótano. Pero qué demonios... Estaba abierta, y una tenue luz ascendía por la pared de la escalera. Alguien debió forzar la puerta o hacer uso de la llave perdida. El sótano llevaba décadas sin abrirse y el señor Acosta no podía estar ahí abajo. El resplandor desapareció para reaparecer segundos después.

Bajé los peldaños de piedra con cuidado, atónito y en un estado de enajenación mental promovido por una curiosidad sin límites. Sesenta años trabajando entre estos muros y el aburrido sótano parecía estar ahora en el ojo de una tormenta de misterio creciente. Cuando llegué al piso del sótano vi una figura sentada en medio de la estancia, entre bultos y antiguallas. El vetusto y rasgado sillón de lectura del señor Mightwesser había sido arrastrado y ahora en él se sentaba el señor Luther, que concentraba su atención hacia el muro de enfrente. Delante de la pared se amontonaban restos de ladrillos que habían sido golpeados hasta mostrar una puerta oculta al otro lado.

—¿Pero qué está haciendo usted aquí? Esto es una zona reservada y privada. ¿Cómo ha accedido, además sin mi autorización?

Una luz minúscula y roja apuntó de repente a mi cintura y subió

con precisión hacia mi hombro derecho. El chasquido de un percutor anticipó qué era lo que estaba por venir. Cuando el silencioso proyectil impactó contra mí, caí contra la pared y me llevé la mano a la clavícula. Me había disparado y el pánico crecía desmesuradamente en mi interior, tanto como la necesidad de una respuesta que diera lógica a todo este sinsentido.

El señor Luther se levantó, con rictus frío, mientras se acercaba a la puerta. Ni siquiera me miró. La puerta tenía tallados en relieve que mostraban escenas que parecían ser más propias de la *Divina Comedia* que de la época neoclásica a la que pertenecía la vivienda. Pero la oscuridad reinante y la luz azulada que se colaba por el marco de la puerta hacía que distinguirlos resultara muy complicado. La puerta estaba flanqueada por dos falsas columnas toscanas con molduras en su parte superior. Sobre ella había un dintel de mármol con una inscripción de difícil lectura.

—Mi bisabuelo era genovés, un Laconte, como yo. De ahí la ascendencia italiana que usted seguramente habrá intuido. Por mandato de su maestro, marchó a tierras británicas para trasladar un portal construido en la mismísima Florencia. Éste fue diseñado para corregir las futuras desviaciones de las puertas del tiempo que ya existían por aquel entonces, en la época de Da Vinci —dijo mientras tocaba con la mano la pilastra de la falsa columna.

Luther apartó su atención de la puerta para mirarme directamente. Pude ver cierta satisfacción en su rostro.

—«Dominatore del tempo». Probablemente desde su posición no pudiera leerlo. Las casualidades no existen y Da Vinci era un genio absoluto; no en vano, los planos del portal salieron de su taller —dijo mientras tocaba las tallas de la puerta—. Sus cálculos llevaron a mi abuelo, siglos después, a construir los cimientos de lo que sería la casa de la familia Mightwesser, para ubicar en su sótano un portal Rector del Tiempo. Esta ubicación es privilegiada más allá del mero cálculo de las longitudes telúricas, como ocurría con las pirámides y su especial colocación, para nada azarosa.

»Supongo que no entiende nada, como es normal, y no tengo por qué aclararle lo más mínimo el misterio, pero permítame que me recree en un momento tan especial. Una vez se transgrede la ley que rige una dimensión, los efectos de esta transgresión no pueden

minimizarse u ocultarse. Imagínese que arroja una piedra en medio de un estanque: las ondas se propagan por toda la superficie hasta que ésta vuelve a la quietud. Imagine que estas ondas no pudieran detenerse, la perturbación no acabaría nunca. He heredado de mi progenitor, y éste del suyo, la obligación de vigilar esta puerta y de abrirla llegado el momento. Como buen sirviente, cumplo mi cometido para traer la solución a una anomalía que ya está cambiando drásticamente nuestra historia. Pero no tema, querido custodio de Gaeton House, antes de matarle podrá ser testigo de su advenimiento.

Una sombra tras la puerta hizo menguar la luz que se colaba por las rendijas. Luther —o Laconte, ya importaba poco— se apartó con deseo contenido.

—Mi amo, también es muy puntual. Él es el único que puede hacer desaparecer las ondas del estanque antes de que sea demasiado tarde. —Sacó un reloj de bolsillo que llevaba en el chaleco—. Tres, dos, uno...

La campana del reloj del salón sonó solemne y el sonido se extendió hasta el sótano de manera aterradora. Miré con ojos desorbitados a la puerta, que ya estaba abierta. La luz que se proyectaba del otro lado impedía distinguir más formas que la silueta que se dibujaba en el umbral. Su amo había llegado, puntual, y según aquel demente, pronto algo más que la anomalía habría acabado.

Rector del tiempo

Primera edición: febrero de 2021

Segunda edición: febrero de 2022

Copyright © 2021 J. F. Joya

ISNI: 0000 0004 9335 3445

www.jfjoya.com